



Relatos de la “Sīrat al-thāhir Baibars”



VI – Muerte en el hamam

08 – Una crisis ministerial

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com

esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos

Fecha de Publicación: 2020

Número de páginas: 6

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.

Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



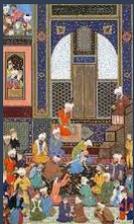
El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org

info@cedcs.eu

8 – Una crisis ministerial

De cómo entran en juego nuevamente la traición y el engaño del virrey de Damasco, Sharaf El-Dîn, y de cómo esto provoca la primera crisis del Gobierno del nuevo sultán, Issa Ghâzi...



Ese día, el visir Shâhîn estaba presidiendo el Consejo, reglando los asuntos de Estado, y velando por los intereses de los musulmanes, en presencia de los dignatarios y de los grandes del reino, reunidos todos. De pronto, la cortina de la puerta del Consejo se abrió y apareció el guardián del palomar, proclamando:

- ¡Alabado sea Aquel que guía el vuelo de los pájaros! ¡Bendito sea El que no tiene ni par ni igual!

Luego, después de haber saludado humildemente a los asistentes, entregó la cápsula al responsable que, a su vez, la hizo llegar hasta el visir Shâhîn; éste la cogió y sacó la misiva, rompió el sello y leyó, tras los saludos y cumplidos de costumbre, lo siguiente:

“El rey Issa Ghâzi, hijo del difunto rey El-Sâleh Ayyûb, ha llegado recientemente a nuestra casa, en la ciudad de Damasco, en compañía del emir Baylabân El-Mushîri; el rey goza de una excelente salud y se encuentra mejor que nunca.

En consecuencia, los altos cargos del Estado deberán venir a su encuentro a la dicha ciudad de Damasco, en donde le presentarán sus respetos, conforme a la orden dada por el abajo firmante. Sea como fuere, esta manera de proceder, parece, en efecto, la mejor, pues tal era la costumbre de los reyes precedentes. Por todo ello, transmitimos el presente mensaje al visir Shâhîn, preceptor de reyes. Saludos.”

Y el narrador prosiguió así...

Después de dar lectura a este mensaje, el visir Shâhîn tomó la palabra:

- Por supuesto, esto me parece de lo más justo. En efecto, nuestro deber es ir ante el rey Issa Ghâzi para presentarle nuestros respetos y escoltarle hasta aquí: es lo mínimo que podemos hacer.

El visir mostró la misiva a los miembros del Consejo, y les ordenó que se prepararan para partir en tres días; tras asegurarse de su obediencia, se retiraron todos para ocuparse de su equipaje.

Pero, al emir Baïbars no le cabía la menor duda de que tras todo esto había una trampa, tal y como ocurría con todos los asuntos en los que estaba implicado Sharaf El-Dîn. Y, temiendo otro complot contra su vida, en el acto redactó una carta destinada al capitán Sulaymân el Búfalo, pidiéndole que movilizara urgentemente a todos los *fidauis*, y que vinieran a Damasco a reunirse con él; luego, selló la misiva y se la entregó a uno de sus hombres de confianza, ordenándole que partiera de inmediato hacia Ma'arrat El-No'mân. El mensajero saltó sobre su montura, salió de El Cairo, y, a galope tendido, en pocos días llegó a su destino. Hizo que le introdujeran ante el capitán Sulaymân, le saludó y le entregó el mensaje; éste lo leyó, y luego, después de recompensar con generosidad y despedir amablemente al bravo tártaro, avisó a todos los jefes de las ciudadelas y de los castillos; días más tarde, los Ismailíes, al completo, tomaron la dirección de Damasco. Más adelante nos los encontraremos.

Los prohombres del reino de Egipto, se habían puesto en marcha, tres días después de celebrar el Consejo, acompañados por su séquito y sus criados; avanzaban a marchas forzadas, y los habitantes de las aldeas por las que pasaban jamás dejaron de ofrecerles su hospitalidad. Pronto, llegaron a Damasco, en donde hicieron su entrada solemne, entre el regocijo de la población. Llegada la noche, cada uno de los grandes del reino se retiró al alojamiento que le había sido asignado; Baïbars con sus hombres, naturalmente, se fue a la casa de su madre adoptiva, Dama Fâtme. Baïbars se fue nada más llegar a saludarla, le besó las manos y se interesó por su salud; luego le pidió que le contara las últimas nuevas.

- Hijo mío –respondió–, todo este asunto ha sido maquinado por Sharaf El-Dîn; seguro que te prepara alguna traición. No te fíes y vigila noche y día. Tengo miedo de que esos canallas no quieran tu vida.

Baïbars comprendió perfectamente el mensaje y no dijo nada más. Los *fidauis* Ismailíes llegaron ese mismo día; montaron su campamento en Marjeh¹, y sus capitanes fueron a reunirse con Baïbars, que les acogió calurosamente y les instaló en su casa.

A la mañana siguiente, los reunió y les dijo:

¹ Es una explanada vacía que se extendía en otro tiempo al pie de la ciudadela de Damasco, extramuros, y en donde vivaqueaban las caravanas. En la actualidad, este lugar aloja uno de los barrios comerciales más importantes de la ciudad.

- Yo voy a presentarme ante el rey Issa Ghâzi, en compañía de los visires y de los emires, para saludarle y desearle la bienvenida. Vosotros os uniréis a mí, allí, en una hora.

Baïbars les puso al corriente de los temores que le inspiraba la situación, pero los *fidauis*, por su parte, le juraron obediencia.

Ese día, el rey Issa Ghâzi presidía su Consejo; Sharaf El-Dîn estaba sentado a su lado y le iba presentando a todos los visires y a los emires, uno por uno: cada vez que entraba alguno de los enemigos de Baïbars, Sharaf El-Dîn lo cubría de elogios, para predisponer al rey en su favor. Así pues, los visires y los emires, avanzaban uno tras otros adonde el rey, para saludarle y besarle la mano. Pronto le llegó el turno al emir Baïbars.

- Mira bien al hombre que se halla a la puerta, oh poderoso rey –le susurró al oído Sharaf El-Dîn al rey Issa Ghâzi–. Ese era el esclavo de tu padre; puedes hacer con él lo que quieras, hasta condenarle a muerte; algo que, por cierto, sería lo mejor si te quieres librar de él para siempre.

Mientras tanto, Baïbars había avanzado hasta colocarse ante el rey; le saludó y le presentó sus respetos. El rey, tras devolverle el saludo, le preguntó con voz severa:

- ¿Así que tú eres Baïbars, el esclavo de mi padre, el que le administró el veneno que lo mató?

- ¡Cómo! –protestó Baïbars–. Yo no soy un esclavo, soy un liberto. Y la acusación que acabas de hacerme no tiene fundamento alguno.

Diciendo estas palabras, sacó del bolsillo el documento legal que le había entregado El-Sâleh, y se lo tendió al rey. Éste, a instancias de Sharaf El-Dîn, estaba ya dispuesto a ordenar que lo ejecutaran; pero entonces, el viejo hipócrita, al levantar la mirada, se dio cuenta de que los *fidauis* se encontraban justo a la puerta del Consejo, parecían un bosque de acero. Este espectáculo amenazante le hizo cambiar de opinión:

- ¡No se te ocurra ordenar ahora su ejecución, oh rey! –le deslizó al oído a Issa Ghâzi– ¡Esos canallas son capaces de cualquier cosa! Podrían provocar una revuelta en la ciudad, aprovecharían para masacrar a diestro y siniestro y robar todo lo que encontraran a su paso. ¡Limítate a destituir a Baïbars y a recluirle en su palacio, eso será lo mejor!

- ¿Cuál era tu rango en la corte de mi padre? –preguntó entonces Issa Ghâzi a Baïbars.

- Ocupaba diversas funciones, pero mi cargo más alto era el de *seri askar*.

- Está bien. Quedas destituido: a partir de este momento no te moverás de tu palacio, ni irás a parte alguna. Y ni se te ocurra enfrentarte de nuevo a las órdenes de tu soberano.

- Escucho y obedezco –respondió Baïbars.

Reunió a sus hombres y, abandonando la sala del Consejo, volvió al palacio de Dama Fâtmeh. Le costó muchísimo trabajo calmar a los *fidauis*, que ya se estaban preparando para pasar a la ciudad a sangre y fuego.

- No os precipitéis –les dijo–, cada cosa, a su tiempo.

Mientras tanto, el Consejo del rey Issa Ghâzi estaba conmocionado: el visir Shâhîn, el emir Edamor y todos los partidarios de Baïbars estaban muy descontentos por la forma en que éste había sido expulsado, y por la humillación pública que había sufrido.

- ¿Por qué haber echado de ese modo a Baïbars, oh rey? –protestó Shâhîn– Es el mejor de tus consejeros. Si es así, te ruego que también me despidas a mí: si Baïbars ya no va a formar parte de este Consejo, yo no tengo ningún deseo de permanecer a tu servicio, y prefiero regresar a Bursa, mi patria.

En el acto, hizo lo mismo el emir Edamor el Campeón, y todos los partidarios de Baïbars presentaron su dimisión al unísono, imitados por el emir Izz El-Dîn El-Hilli y todos los kurdos.

- ¡Pero qué culpa tengo yo! –exclamó Issa Ghâzi completamente fuera de sí– Ha sido Sharaf El-Dîn Issa El-Nâsser el que me ha aconsejado que lo destituyera: ¡qué sé yo de todos estos líos!

- ¡Pues bien, que sepas que Sharaf El-Dîn te ha engañado! –afirmó el visir Shâhîn– Ese no es más que un intrigante, un hipócrita sinvergüenza, y un envidioso que siempre ha detestado a Baïbars.

- En ese caso, mi querido visir, te rogaría que vayas personalmente a casa de Baïbars y restablezcas la concordia entre nosotros, para que lo hagas volver a tomar de nuevo su cargo en el Consejo.

De modo que esa misma tarde, el visir Shâhîn fue a ver a Baïbars, acompañado de una delegación de emires.

- Hijo mío –le dijo a Baïbars–, ese Issa Ghâzi es joven y sin experiencia; aún se le escapa el conocimiento de los asuntos del Estado. Se ha dejado manipular por Sharaf El-Dîn Issa El-Nâsser, que le ha engañado. En el presente, el rey tiene mejor disposición.

Así que, a la mañana siguiente, vinieron a buscar a Baïbars y le introdujeron adonde Issa Ghâzi: éste, se levantó para acogerle, hizo que se sentara a su lado y le trató mejor que a nadie en el mundo. Por supuesto que le devolvió todos sus cargos, nombrándole, además, lugarteniente general del reino de Egipto, encargado de asegurar el gobierno, en caso de que él tuviera que ausentarse de la capital.

- ¡Ayer, solo quería gastarte una broma, mi querido emir¹! –le dijo a guisa de excusa.

Desde el momento en que la reconciliación fue confirmada, la fanfarria real atacó una alegre marcha, y los grandes del reino llevaron sus regalos de bienvenida,

¹ Fórmula tradicional que permite desdecirse de algo, sin que a uno se le caiga la cara de vergüenza.

destinados al rey. Los depositaron a sus pies, rogándole que los aceptara, cosa que hizo de la manera más elegante, agradeciéndoselo y a su vez, deseándoles mucha fortuna.

**** * * * * *

Próximo relato de "Muerte en el hamam"

VI.9 - "Los placeres de un príncipe"